

Saludo de la Superiora General en la conclusión del 7º Capítulo General

En estos días de Capítulo hemos experimentado con cuánta premura y atención la Santísima Trinidad se ha ocupado de nosotras, nos ha guiado paso a paso a individuar el objetivo y las líneas de acción para el próximo sexenio 2005-2011.

La alegría de haber vivido esta visita de Dios nos llena el corazón de gratitud, de alabanza y de esperanza, y nos anima en el camino que ahora nos espera.

Nos hemos maravillado más de una vez cuando, en la escucha de la Palabra, en la fatiga de la búsqueda, al constatar la convergencia de las reflexiones y la belleza del clima fraterno vivido, hemos reconocido su paso, su cura, su misericordia sobre nosotras. Sí, podemos decirlo con certeza: “*¡Señor, Tú eres nuestro Pastor, desde que existimos hasta hoy... y continuarás siéndolo! ¡Gracias!*”.

En este Capítulo hemos experimentado la fecundidad de decisiones alcanzadas a menudo unánimemente o con amplio consenso, buscando juntas en la escucha del Espíritu, con una mirada abierta sobre la realidad de nuestro tiempo y con un fuerte deseo de relanzar la misión pastoral, cada vez más radicadas en Cristo Camino, Verdad y Vida.

Nos sentimos más decididamente orientadas a las fuentes de la Vida, mayormente comprometidas en la misma misión pastoral de la Iglesia, que escucha el grito de los pobres y siente la urgencia de ser ella misma re-evangelizada. Por eso nos empeñamos en profundizar y re-expresar nuestro ministerio de cura pastoral en continua conformación a Cristo Pastor para conducir a nuestros contemporáneos al *Encuentro con la Vida*. Reavivamos en nosotras la memoria del diseño de Amor de Dios sobre la humanidad: “*He venido para que tengan vida en abundancia*” (cf. Jn 10,10).

El acento puesto sobre nuestro *ministerio de cura* nos pide promover en los próximos años una dinámica formativa que sepa conjugar cada vez mejor una sólida *espiritualidad* con una preparación intelectual, cultural, pastoral cualificada, para ser, *hoy*, más creativas y valientes en conducir a la verdadera Vida. Esto nos exige también que sepamos vivir el servicio de la autoridad en actitud de fe, abiertas a la acogida y a la escucha recíprocas, a través del diálogo que facilite lo más posible la condisión de responsabilidades en el camino congregacional y eclesial.

Hagamos de modo que nuestras comunidades religiosas puedan poner de nuevo al centro la *relación*. Sean lugares de evangelización, de encuentro y de comunión; ambientes en los que las nuevas generaciones puedan respirar vida, alegría, esperanza, gratuidad; espacios que hacen nacer la nostalgia de Dios, donde aprendemos a ser hermanas en el deseo de continuar *dando al mundo Jesucristo Camino, Verdad y Vida*, en sintonía con el proyecto unitario de Familia Paulina.

El amor que irradia de nosotras en la simplicidad y en la profundidad de nuestras relaciones interpersonales se convierta en anuncio del Evangelio para todos aquellos a quienes nos acercamos. La gente pueda ver la fuerza del Amor en el estilo con el que “nos ocupamos” de cada persona. Los beneficiarios de nuestro ministerio de cura puedan decir con alegría: “*¡Hemos encontrado al Señor!*”.

Junto a todos nuestros hermanos y hermanas, sabemos bien que somos débiles, a menudo dispersas, inexpertas, *insuficientes en todo* –diría nuestro Fundador– respecto de la complejidad y las exigencias de nuestro tiempo, pero llevamos en el corazón la certeza de estar comprometidas en la relación vital con el Pastor bueno, Jesús. Somos Sus ovejas continuamente buscadas por Él, llamadas a vivir en su *hoy*, que es la verdadera medida de toda pastoral.

Estoy segura que cuando Dios llama, da Él mismo las capacidades necesarias para responder a aquello para lo que somos enviadas. Cuando dejamos espacio a la vida del Espíritu en nosotras, comenzamos a irradiar vida también en el ambiente en el que vivimos.

Confiémonos a Él para no caer en la trampa de querer ser de Cristo y al mismo tiempo querer seguir la lógica del mundo.

Estamos llamadas a repensar nuestra misma vida religiosa, para ser *mujeres de esperanza* en medio de su pueblo, de su Iglesia, de la humanidad de hoy. Mujeres que saben gustar la vía de la belleza, aquella vía que se crea sólo a través del camino pascual, vía que se convierte en una bella “sorpresa”, un anuncio que atrae y que interroga a aquellos que están en búsqueda, vía que alcanza el corazón de cada ser humano sediento de Dios.

Augurémonos y ayudémonos a transparentar cada vez más la cura amorosa de Dios hacia la humanidad, en la confianza que ninguno será arrancado de la mano segura de nuestro único y verdadero Pastor.

El P. Alberione nos recuerda que estamos llamadas a hacernos santas en el ministerio de la cura de almas, “cura” que antes de ser una serie de iniciativas más o menos nuevas –lo hemos comprendido más claramente en estos días– es una

presencia compasiva que, en la compañía de nuestros contemporáneos, sabe indicar y conducir a las fuentes de la Vida.

Agradezco de corazón a todas ustedes, Hermanas capitulares, y a todos los que, de diversas maneras, han contribuido al éxito de nuestro Capítulo.

Con gratitud y esperanza, en honor de la Santísima Trinidad,
DECLARO CERRADO EL VII CAPITULO GENERAL,
en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ariccia, 20 de julio de 2005